

El fondo más humano y patético de Jaimes Freyre, descansa en el noble e ilimitado amor que tenía por los suyos. Aquella íntima y profunda ternura familiar que prestigia singularmente la bondad secreta de su espíritu.

Alejado largos lapsos del escenario político y social de su patria, buscó en la Argentina asilos temporales que le fueron generosamente brindados. Presidente del Departamento de Educación en Tucumán, escribió allí su famosa y meritoria obra histórica que le valiera un importante premio. Muchos años más tarde, cuando despertando de sus éxtasis fugaces la aguja del destino marcó amargos sinsabores para el ilustre y voluntario exilado, Tucumán acudió noblemente en su ayuda, pagando una deuda de gratitud antaño contraída.

Austero para recibir las mercedes de la vida, es igualmente digno en soportar sus rigores. Así el príncipe de las letras americanas en la aurora del modernismo, tiene el orgullo capaz de ocultar la miseria final de su existencia, porque la aristocracia de su espíritu otorga la limosna, pero no solicita la dádiva.

Y una noche de Abril, sola en el centro del mundo, la carne vacilante deja evadir el alma radiosa y triunfal de este gran americano, que al enseñarnos las eternas virtudes del individuo, sin jamás perder el sentimiento de la propia dignidad, tuvo la sabiduría de encontrar un sentido estético a su vida, para dar calidades perdurables a su obra y a su nombre, donde la personalidad, por múltiple y brillante, es un símbolo de aquel Renacimiento que parece alejarse cada vez mayormente de los hombres.
—FERNANDO DIEZ DE MEDINA.

La Paz—Bolivia—1933.

(Especial para ATENEA).

EL MATERIALISMO HISTORICO Y LA ETNOGRAFIA MODERNA

(Continuación)

SOLAMENTE en ciertas ocasiones, como la de una caza comunal, en que toman parte todos los hombres hábiles, hay una repartición equitativa de lo producido por todos en conjunto y como en las grandes reuniones y fiestas comunales, a las cuales asisten todos los parientes y en que todos aportan su

parte para el consumo. Pero de aquí al comunismo hay un largo paso.

En numerosas tribus de hortelanos, cuya constitución social era matriarcal y totémica, con costumbres exogámicas, existía una rigurosa separación de los sexos, en cuanto a los solteros del clan. Los jóvenes que aun no se casaban, no vivían en las casas de los padres. Se construían grandes casas comunales para los solteros y aun cuando comían en las habitaciones de sus madres, no se ponían en contacto con las mujeres del clan, otras que sus propias madres. Era estrictamente prohibida toda comunicación familiar o íntima entre hermanos y hermanas y entre primos y primas, después de llegar a la pubertad, aunque podrían tener relaciones con mujeres de otros clanes. En estas tribus, los casados vivían aparte en chozas, alejadas de las casas comunales de los solteros. En algunas partes existían casas comunales para las mujeres solteras, cuidadas y vigiladas por ancianas o viudas. Las solteras estaban sometidas a las mismas restricciones como los jóvenes solteros. Bajo este régimen eran comunes las sociedades secretas, tanto de hombres como de mujeres, en las cuales no se admitían miembros del sexo contrario, ni siquiera su presencia durante las reuniones.

Más adelante, Engels trata de explicar la transición del matriarcado al patriarcado, hecho que llama «*la gran derrota del sexo femenino*». Sin embargo, no está muy clara en su explicación de cómo sucedió semejante cambio. Estima que el móvil principal fué la necesidad de que los hijos heredaran los bienes paternos, ya que los padres eran ya los dueños de la propiedad. Mientras subsistía la costumbre de filiación materna, los hijos y especialmente las hijas podían heredar únicamente los bienes de la madre y en ningún caso los del padre, porque éstos pasaban a sus hermanos uterinos o a los hijos de sus hermanas, que siempre eran de su propia sangre.

Engels explica su idea como sigue: «A medida que iba en aumento la fortuna, por una parte daba al hombre una posición más importante que a la mujer en la familia, y, por otra parte, hacía nacer la idea en él de valerse por esta ventaja para derribar en provecho de los hijos el orden de suceder establecido. Pero esto no pudo hacerse mientras permaneció vigente la filiación de derecho materno, la cual tenía que ser abolida y lo fué. Eso no fué tan difícil como hoy parece; porque aquella revolución (una de las mayores que la humanidad ha visto), no tuvo necesidad de tocar ni a uno solo de los miembros vivos de la *gens*. Todos los miembros de ésta podían seguir siendo después lo que habían sido antes. Bastó decir simplemente que en lo venidero

los descendientes de un miembro masculino permanecían en la *gens*, pero los de un miembro femenino saldrían de ella, pasando a la *gens* del padre. Así quedaron abolidos la filiación femenina y el derecho hereditario materno, sustituyéndolos la filiación masculina y el derecho hereditario paterno».

Esta es una resolución muy simplista del problema, pero es completamente *a priori* y reñido con la verdad. Sorprende que el autor, después de haber dado una relación más o menos exacta de las principales condiciones reinantes en el matriarcado, puede de repente olvidarlas y dar rienda suelta a su imaginación. Parte de la base del matriarcado universal anterior al patriarcado, y por tanto que el último debería en todo caso salir de la etapa anterior. Hemos demostrado ya la falacia de esta concepción, pero admitimos que existen numerosísimos ejemplos en que el patriarcado haya salido de un estado matriarcal anterior.

La etnografía nos enseña que el matriarcado y la filiación materna sólo aparecen con los comienzos de la vida sedentaria y del cultivo de las plantas alimenticias. En tiempos anteriores eran las mujeres las encargadas de recolectar la alimentación vegetal natural, mientras los hombres se dedicaban a la caza o a la pesca. Con la introducción del cultivo de las plantas, en vez de buscarlas por los campos, la mujer se encargaba de estas nuevas faenas. Los hombres cuando más las ayudaban a rozar, romper la tierra y cercarla. Para poder cuidar sus siembras, se hizo necesario que la mujer habitara por un tiempo más o menos largo en las inmediaciones de ellas y así se acostumbraban a construir habitaciones más estables, que se ocupaban durante una buena parte del año, aunque era frecuente que, después de las cosechas, las familias vagasen nuevamente como cazadores nómades, especialmente en los meses de invierno, para volver otra vez a sus tierras de siembra. Pero, a medida que las cosechas se hacían más abundantes y como era imposible llevarlas todas en sus peregrinaciones, las mujeres comenzaron a quedarse permanentemente en sus nuevos hogares y cuidaban con más esmero los predios que cultivaban. Con un cultivo más extensivo y a la vez más intensivo, poco a poco, la mujer pasó a ser la principal productora en la familia y se la miraba como la dueña del hogar y del predio que cultivaba. Con esto conquistó mayor prestigio y gradualmente principió a hacer sentir su influencia en la comunidad, hasta ponerse socialmente al nivel de los hombres y a menudo superándolos. Al hacerse sedentaria, se había identificado con su predio, no abandonaba su hogar para casarse y el hombre que deseaba contraer matrimonio con ella tenía que ir a vivir en el hogar de ella.

Cuando esta costumbre se hizo general y todas las mujeres de un clan se dedicaron a la horticultura, llegaron a ser las primeras propietarias (cada una de su hogar y predio). Desde el estado anterior se había introducido el totemismo y la exogamia y todas las mujeres de un clan eran todas consanguíneas entre sí, sus maridos tenían que pertenecer a otros clanes y, por tanto, dentro de la comunidad que pertenecía a las mujeres, eran todos extraños. Estos hechos convirtieron a la mujer en elemento más importante de la comunidad a la vez que era el elemento más estable. Los varones nacidos en el clan solamente permanecían en él durante su vida de solteros. Al casarse, se trasladaban al clan de sus respectivas mujeres, pero las hijas permanecían en el clan de origen. Dado este estado de cosas, todos los hijos se miraban como pertenecientes al clan de sus madres y se apellidaban con el nombre del tótem de ellas, estableciéndose la filiación materna, en vez de la filiación de la horda, como generalmente sucedía antes.

Con el trascurso del tiempo y por una serie de motivos, algunos de los cuales detalla Engels, los hombres comenzaron a cansarse de la situación subordinada que llevaban en el seno del clan materno e ingeniaron diversos medios para emanciparse de la tutela de las mujeres, pero no en la forma que ha imaginado nuestro autor.

Antes de todo, comenzaron a interesarse más en la agricultura, o más bien en la horticultura, ocupándose de ella en todas las tareas más pesadas, aunque dejaron la siembra siempre en manos de las mujeres, por motivos religiosos y supersticiosos que analizaremos más tarde. Poco a poco los jóvenes solteros iban adquiriendo o preparando predios propios dentro de sus propios clanes y en vez de ir como antes a servir en un clan femenino extraño, traían a sus mujeres a su propio clan donde construían un nuevo hogar dentro de su propio predio. Se entabló así una lucha entre los hombres y las mujeres. Como era natural, éstas últimas no aceptaron de buenas a primeras, la idea de volver a ocupar un lugar secundario en la comunidad y se oponían al cambio con todas sus energías. Sin embargo, los hombres contaban con dos armas formidables para vencer lentamente esta resistencia—la fuerza bruta y el interés,—el rapto de mujeres de otras tribus y la compra o compensación cuando deseaban mujeres de la misma tribu. No obstante, este cambio de las costumbres tradicionales no se efectuó sin grandes dificultades. Pasaron muchas generaciones antes de que se hiciera habitual y en muchas partes nunca logró establecerse. Pero, con todo, no se consiguió, por lo general, cambiar la filiación, sino después de una prolongada

lucha, salvo en aquellos casos en que por invasiones o conquistas efectuadas por pueblos de otro régimen, se provocaron cambios bruscos en las costumbres de las tribus sometidas. Como antes y quizá durante algunos milenios, la filiación de aquellos pueblos que se hallaban en el estado de transición entre el matriarcado y el patriarcado continuaba en la línea materna, a pesar de haberse consolidado la posición del padre como jefe de la familia y como propietario. En esta resistencia el principal móvil era religioso y en gran parte totémico, como en seguida explicaremos. El factor económico o material entraba directa o indirectamente muy poco en la concepción que dificultaba el cambio fundamental de régimen.

Con la emancipación parcial, o estado de transición, los hombres podrían adquirir, tanto por el robo como por la compra, varias mujeres y se inició con esto el sistema de la poligamia. No debemos suponer que todos los hombres fuesen polígamos, sino simplemente la posibilidad de que cualquiera de ellos podría llegar a serlo. No habrían mujeres suficientes para que todos los hombres tuviesen más de una esposa. Como antes, la inmensa mayoría eran monógamos y únicamente los más poderosos o los que habían acumulado más bienes, pudieron darse el lujo de poseer más de una mujer.

Esta costumbre introdujo en el seno de la familia polígama, una serie de complicaciones que antes no se conocían. Cuando las mujeres, como sucedía a menudo, eran de distintos clanes y tótemes, y como todavía prevalecía la filiación materna, se formaba dentro de la familia paterna (grupo que, a pesar de ser ficticio, se formaba en todas las agrupaciones), una reunión heterogénea de personas que no eran todos parientes consanguíneos. Los hijos de cada mujer heredaban el apellido y el tótem de ella, pertenecían a su clan y no tenían parentesco de sangre con los demás miembros de la familia paterna, aun cuando eran todos hijos del mismo padre. Al morir una de estas mujeres, sus hijos eran llevados por sus parientes consanguíneos, desmembrándose de esta manera la familia paterna. Igualmente, al morir el marido, las mujeres con sus hijos volvían a su clan de origen y quedaba completamente disuelta la familia formada por el padre. Con el tiempo, y para evitar esta disolución, se adoptó en muchas partes un nuevo medio, que no dió los resultados que se esperaban. Se comenzó a mirar a las mujeres que el marido había raptado o comprado, como de su propiedad, y, como tal, podían ser heredadas. Pero como los padres no tenían hijos legales, las heredaban los parientes varones consanguíneos más cercanos. Los hermanos carnales o, a falta de ellos, los sobrinos

hijos de las hermanas uterinas, quedándose de esta manera dentro del clan del marido. Cuando un hombre se casaba con varias mujeres, la primera, casi siempre, se consideraba como la principal o jefe. Con el tiempo, y siempre con la idea de consolidar la familia paterna, se concedió el derecho de herencia de los bienes del padre a los hijos varones de la principal mujer. El mayor de ellos heredaba las mujeres de su padre, excluyendo a su propia madre y a cualquiera otra mujer del mismo clan y tótem de ella.

Naturalmente estas nuevas costumbres ayudaban a afianzar al padre como jefe de la familia, a la vez que aumentaba el número de sus parientes por afinidad y sus relaciones amistosas con los miembros de otras agrupaciones. Sin embargo, no se pudo derribar la barrera de la filiación materna, la que, como hemos dicho, persistía, a pesar de todo, por muchas generaciones y aun milenios en algunas partes. Y la razón era ésta. Centro de los conceptos animistas y de las ideas religiosas en un tiempo universales, figuraba en primer término el *culto de los antepasados*, el que, a su vez, estaba íntimamente ligado con el totemismo. La fundadora del linaje, la primera abuela era la aliada del tótem del clan o grupo consanguíneo que ella había iniciado. Estas dos entidades eran los seres tutelares del clan, sus protectores, y tenían poderes sobrehumanos en cuya potencia confiaban todos sus descendientes epónimos. ¿Cómo sería posible entonces ofender a estos seres potentes, cambiándolos por otros? La cosa no era siquiera imaginable. No se trataba ya de cambios materiales, siempre más fáciles de aceptar que los espirituales, sino de desarraigar las convicciones en que se fundaba todo su sistema social y religioso. Es evidente que semejante proceso sólo podría desenvolverse muy lentamente.

No debe olvidarse que la mentalidad de los pueblos que no han llegado a una cultura avanzada es, antes de todo, colectiva. El individuo, desde su nacimiento es sujeto al grupo a que forma parte, el cual le impone sus costumbres, sus creencias, su género de vida, etc. Determina también el carácter social, no el individual de la propiedad, regula la colaboración de todos en las prácticas religiosas y mágicas, cuyo fin principal es la prosperidad del grupo. En el terreno intelectual se traduce por *el procedimiento absoluto de la costumbre y de la tradición, de las que nadie se atreve a apartarse y cuya estricta observación justifica todas las creencias*» (1).

Es siempre la tradición y la costumbre, no los principios ni los deseos, que constituyen la base de la acción, el fundamento

(1) Kreglinger, Ricardo. *La Mentalité Primitive*. 1921.

de las exigencias sociales. Todo esto no está de acuerdo con la teoría expresada por Engels de la relativa rapidez y facilidad del cambio de una filiación a otra. Sin embargo, pudo efectuarse, a veces, pero por causas no previstas por él, principal entre las cuales se puede citar la conquista de un pueblo matriarcal por otro patriarcal y la imposición de las costumbres de éste último, o bien la amalgamación de dos pueblos contiguos de distinta organización social, en que el más débil asimila las costumbres del más fuerte o más culto. De otra manera, la evolución es muy lenta y pasa por muchas modificaciones antes de lograr el cambio de la filiación. Tenemos el ejemplo de los pueblos andinos, aun los más adelantados, como los incas, quienes tenían establecidas una monarquía y una nobleza, ambas hereditarias y, sin embargo, persistía entre ellos, hasta mucho después de la conquista española, la filiación materna, aun en la dinastía real, a pesar de todo lo que se ha escrito del patriarcado en este pueblo (1).

Igual cosa pasaba entre los araucanos en tiempo de la conquista. Aunque el padre era nominalmente jefe de la familia y de la propiedad mueble e inmueble, compraba a sus mujeres y las llevaba a su domicilio; sin embargo, los hijos no eran de él, sino de la madre y a la muerte de ella volvían al clan de donde ella originaba. Sólo a comienzos del siglo XIX, después del establecimiento de la República chilena y debido a la Constitución y las leyes que reconocían la herencia de la propiedad de padres a hijos, se cambió la filiación materna por la paterna, aunque el totemismo como institución había desaparecido hace más de siglo y medio. Los choctás, pueblo de agricultores de los Estados Unidos, sólo influídos por la civilización de los blancos, introdujeron, poco a poco, la costumbre de que el padre cediera en vida sus bienes a su hijo, para evitar así que a su muerte pasaran a manos del clan materno.

Lo mismo se hizo generalmente, hacia 1850, entre los iroqueses menominees, objibwas y crows, según confirma Morgan:

(1) Sobre este punto hemos dado amplios detalles y documentación en nuestra obra «Los Incas, sus Orígenes y sus Ayllus». Allí probamos que la idea del patriarcado incaico y la descendencia de padre a hijo eran puros mitos, pues todos los monarcas llevaban el apellido de sus madres y no el de sus padres. La costumbre entre los últimos Incas DE CASARSE CON SUS HERMANAS era simplemente una tentativa de establecer una dinastía con su propio apellido; tentativa que fracasó por cuanto los nobles, quienes tenían el derecho de elegir el monarca, no siempre elegían el hijo de la hermana y así, siendo de otra mujer, el apellido no era igual al del padre. Al ser hijo de una mujer del mismo clan del padre el apellido del hijo sería igual entre padre e hijo.

«Actualmente se inicia entre los indios de posición, cierta repugnancia contra la herencia de la comunidad del clan. Algunos la han suprimido, instituyendo en su lugar la línea de herencia exclusiva de los hijos».

Krische escribe: «Muy fuertes son los restos de matriarcado en la más típica raza de negros africanos, los pueblos llamados bantus, que pertenecen íntegramente a los agricultores superiores. Entre ellos rige todavía la línea materna de sus clanes matriarcales y en algunas tribus existen curiosas instituciones, en que predominan las mujeres. No existe, sin embargo, el matriarcado auténtico, sino el predominio de los hombres, con poligamia, venta de mujeres y propiedad de las tierras por los varones, y la situación de la mujer es de opresión».

Todo esto comprueba que la transición del matriarcado al patriarcado no era un proceso rápido y sencillo, sino, al contrario muy complejo y en general muy lento, pasando por muchas peripecias y alternativas, antes de que el hombre lograra afianzar bien su situación y conseguir que sus hijos fuesen legalmente conocidos como tales.

Refiriéndose a este mismo punto, dice Krische: «Cabría pensar que el hombre no se conformó con seguir ejerciendo obstinadamente su actividad de cazador, la cual, poco a poco, iba quedando atrasada y era cada vez más pobre en resultados, dejando de paso a la mujer todas las ventajas económicas, sino que más bien, antes de ser desplazado del papel decisivo que representaba, reconoció la superioridad de la nueva técnica productiva y se agarró él mismo el azadón. A esto hay que oponer que en todas las revoluciones de la técnica de la producción rige la regla de que la gran masa se entrega al destino de su clase y que muy pocos son capaces de arrancarse al impulso sugestivo del anquilosamiento, de la ley de inercia cuya vigencia es universal, de la dulce costumbre, de la íntima vinculación a lo establecido, a lo conocido».

«No ha sido posible comprobar en ninguna parte la existencia de un evidente predominio femenino en forma de un Estado de mujeres. La ley de la inercia se mostró tan fuerte, los poderes contrarios hicieron notar su influjo tan pronto nuevamente que tampoco en esta situación—la más propicia en el penoso proceso de su destino—fué capaz la mujer de imponer su dominio en la misma medida en que el hombre lo hizo. Aun en los más claros regímenes matriarcales, conocemos la importancia especial del hermano mayor de la madre, de caudillos masculinos y de jefes guerreros. El influjo de la mujer se evidencia, sobre todo,

en la atribución de la propiedad—producto de su mano diligente— y en la línea materna, en la maternidad fuertemente acusada.»

«Junto a las condiciones previas y causas sociológicas y psicológicas de esta creación única de la época del matriarcado, debe mencionarse un motivo fisiológico. La sexualidad impone distintas exigencias corporales al hombre y a la mujer, constituyendo una causa, no inesencial, de la diversa actitud de los sexos ante el proceso de producción. La vida sexual no constituye para el hombre impedimento físico. Sin la carga del embarazo y de la crianza, no encuentra dificultad en su apetencia de juego, en el ansia de lo nuevo, en el instinto errante, en la tendencia de moverse de un lado a otro, en el goce de nuevas impresiones.

«Sería equivocado medir la importancia de la época matriarcal, sólo teniendo en cuenta el corto espacio de su verdadera vigencia. Los efectos y las huellas del régimen matriarcal se mantuvieron hasta bien avanzada la cultura urbana. Se desconocen con frecuencia el papel histórico cultural de la época del matriarcado y sus efectos ulteriores. Algunos pretenden que la verdadera esclavitud de la mujer sólo tuvo lugar en la época patriarcal posterior a la época matriarcal. Otros juzgan la cosa de manera parecida, al situar la estructura de clases, a partir de la época del patriarcado, oponiendo a los tiempos de encarnizadas y constantes luchas de clases y desafortunados sistemas de tiranía que se iniciaron con la introducción del patriarcado, los tiempos comunistas matriarcales y primitivos, animados de un espíritu ideal de comunidad.»

«Y lógicamente adoptan, con frecuencia, este punto de vista, algunos que, reconociendo la evolución, admiten en realidad un proceso circular, según el cual la sociedad se inicia con el comunismo y, pasando por las distintas fases de la sociedad de clases, va a parar al comunismo nuevamente.»

«No puede considerarse la sociedad primitiva como una sociedad justa. Era, por el contrario, una sociedad en que imponía su despotismo la jerarquía de los hombres mayores. Tampoco era la sociedad matriarcal una sociedad sin contrastes. Era la época de la empeñada lucha entre los sexos por el influjo decisivo y es indudable que el hombre, hasta entonces predominante, no cedió sin lucha sus derechos a la mujer. En vez de—como se ha defendido frecuentemente—una sociedad de fuerte comunidad al principio, dividida después por constantes luchas de clases, vemos una sociedad llena de luchas económicas desde sus comienzos y en la cual constituyeron, al principio la clase dominante los hombres mayores. En la época del matriarcado disputaron el predominio los hombres mayores con las mujeres, especialmente

con las viejas. Ocuparon nuevamente su lugar más tarde los hombres que otra vez disponían de los medios de producción, sobre todo los hombres mayores bajo el influjo del proceso hereditario privado y los miembros de las capas sociales propietarias. Estos constituyeron la delgada capa superior frente a la gran masa sometida de la capa inferior» (1).

Durante el período de transición entre el estado del matriarcado y el patriarcado y aun durante éste último, las mujeres solteras tuvieron mayor libertad y en muchísimas tribus disponían libremente de sus personas. El tener hijos antes de casarse no se consideraba baldón y, al contrario, frecuentemente aumentaba el valor de la mujer, por ser una comprobación de su fecundidad. Esta libertad cesaba, sin embargo, al casarse y el adulterio femenino era severamente sancionado, al igual del adulterio masculino durante el matriarcado. La mujer, por el hecho de ser comprada, se miraba como propiedad particular del marido, quien podía, no obstante prestarla a algún amigo o visitante de otro clan. Esta costumbre de prestación de la mujer o de una hija, llegó a hacerse común entre algunas tribus, a la par que la venta o traspaso de la mujer a otro hombre en ciertos casos.

Muchos misioneros han protestado de frecuentes actos inmorales y aun incestuosos entre algunos pueblos exogámicos, pero creemos que en la mayoría de los casos, los denuncios han venido a hacerse debido a una mala interpretación de la constitución de los clanes totémicos donde existe la poligamia. Nuestras investigaciones entre los indios araucanos, peruanos y bolivianos, donde tales denuncios eran muy frecuentes entre los cronistas y misioneros del siglo XVI, nos han convencido de que semejantes actos incestuosos lo eran solamente para los europeos, acostumbrados a la familia monogámica bilateral. Los indios que contaban la consanguinidad sólo por el lado materno, estimaban el incesto de otra manera. El hecho de tener relaciones sexuales con hermanos de padre, habidos en otra mujer, no constituía una unión incestuosa, porque eran de otro clan y tótem y no ligados por sangre con ellos. Igualmente las relaciones con otras mujeres del padre que no fuesen su propia madre o miembros del clan de ella, tampoco era incestuosa. Semejantes actos, aunque generalmente vituperados, no tenían ninguna sanción

La libertad de los sexos es, por otra parte, casi desconocida en la horda primitiva. «Entre los negritos (pigmeos) weddas, senoi, varias tribus del sureste de Australia y del Brasil, se estima y

(1) Krische, Paul. Ob. cit.

hasta se impone la castidad de mozos y mozas; en los pueblos primitivos, en que gocen de cierta libertad, cesa ésta con el matrimonio y no hay solterones». Dice Telésforo de Aranzadi, en una nota de su traducción al español de la «Etnografía» de Haberlandt, y dicho concepto es el de todos los que han investigado la vida de estos pueblos primitivos en los tiempos modernos.

Esto nos demuestra el peligro de interpretar todo lo que se observa con el criterio de civilización, sin tomar en cuenta la diferente mentalidad de los pueblos primitivos o poco evolucionados culturalmente.

Con la restitución del hombre a su lugar, como jefe de la familia, aun mucho antes del abandono completo de la filiación materna, y, con su dedicación al cultivo de las plantas, comenzó una época de trabajos más extensivo. La introducción de la poligamia proporcionaba al hombre que podía obtener dos o más mujeres, mayor ayuda en estas tareas y pudo cultivar un predio de mayores dimensiones. Con esto pudo, a menudo, producir un excedente de alimentos vegetales, el cual le era fácil cambiar por otros productos, con sus vecinos o con los de otras agrupaciones, iniciándose de esta manera un sistema de intercambios que después se desarrolló en un activo comercio, aumentando así sus riquezas. Las tareas estacionales de la agricultura, permitía a la mujer dedicarse a otros trabajos. Así en épocas anteriores, había inventado la cestería, la alfarería, el tejido de las fibras vegetales, etc., y estas pequeñas industrias caseras fueron aprovechadas por el hombre en su incipiente comercio.

El resultado favorable del cultivo más extensivo, motivó otro cambio transcendental en la constitución de la sociedad, con la introducción de la esclavitud. Antes, durante las guerras, se daba muerte a los prisioneros tomados, cuando éstos eran varones, conservando a las mujeres; ahora los esclavizaban y los obligaban a trabajar en las faenas agrícolas. Por un lado aumentaba así la riqueza de los propietarios y por otro, creaba una nueva clase social, los esclavos. Este hecho también dió origen a la *nobleza*, la que en sus comienzos no era otra cosa que una *plutocracia*, la cual, al convertirse más tarde en hereditaria, llegó a constituir la *aristocracia*. Cada una de estas inovaciones evolutivas acrecentaba el poder del hombre en el clan, pero no fueron suficientes, en muchos casos, para derrocar la filiación materna en aquellos pueblos que habían pasado por el matriarcado.

Esto se consiguió, con frecuencia después de largo lapso, por una serie de circunstancias, que variaban de un lugar a otro y según la época. En algunas partes se debía a la invasión y con-

quista por pueblos cazadores o ganaderos patriarcales que impusieron su organización social a los conquistados; en otras, por contactos comerciales e influencias culturales de vecinos más adelantados, por la decadencia del totemismo y la disolución o modificación estructural del clan, por la fusión de dos pueblos en uno de los cuales existía ya el régimen patriarcal. Inflúan también el interés, la modificación lenta de las ideas religiosas, el cambio de las costumbres económicas, el desenvolvimiento de la psicología y un sinnúmero de factores de diversa índole que, obrando en conjunto, hacen posible toda evolución. En muchos casos, algunos o todos estos factores habían obrado en tiempos prehistóricos y es difícil o imposible saber de qué manera funcionaban; en otros, aun en tiempos más recientes, queda dudosa por falta de observación directa de los historiadores. Así es que todas las diferentes versiones de la manera cómo se efectuó esta transición en las antiguas culturas egipcias, sumera, babilónica, minoica, misénica, etrusca, etc., que se extienden por algunos milenios dentro de la prehistoria, son bastante hipotéticas y hasta cierto punto arbitrarias, fundadas en la tradición legendaria y fragmentaria, o en deducciones a base de investigaciones arqueológicas bastante incompletas e inseguras.

No faltan documentos como las escrituras cuneiformes asirio-babilónicas sobre ladrillos, los geroglifos egipcios grabados en piedra, los papiros de la misma procedencia, las palmas hindúes. Por ellos conocemos algo de la vida social de aquellos tiempos, pero pertenecen, en su mayor parte, a la última época de la protohistoria, de tránsito a la historia, cuando en todos estos países se hallaba establecido el patriarcado.

Luego también, no hay que olvidar que muchas de las antiguas civilizaciones no pasaron, en cuanto sabemos, por la fase del matriarcado. Esto se puede decir de un gran número de pueblos, habitantes de las estepas, sabanas, altas mesetas y regiones desérticas, que pasaron de la etapa de cazadores superiores a la de ganaderos, sin haberse dedicado a la agricultura. Dicha etapa se ha llamado con frecuencia la del nomadismo pastoril.

La unidad económica más pequeña es la familia singular. Descansa sobre el casamiento de un hombre con una mujer, o a veces con varias, adquiridas por compra en linajes forasteros. Como ama de la casa figura la primera mujer, cuando ellas son varias, quedando las demás subordinadas a ella. Cuando el hombre es rico, suele tener casa aparte cada mujer, para sí y sus hijos. Como los hijos, al casarse, continúan viviendo en el campamento de su padre, éste llega a convertirse en una gran agrupación y la familia que se apoya ya sobre la sucesión hereditaria.

masculina se estructura con un carácter patriarcal. Así fueron constituídas las tribus semitas de que nos habla el libro de la «Génesis», y así están actualmente estructuradas las grandes familias kirguises y kurdos de la Asia Central, los beduinos de la Arabia, etc., y si algunas de ellas se dedican accesoriamente al cultivo de una que otra planta que les rinde una corta alimentación vegetal y sobre todo el pan, es de una manera esporádica y secundaria y no de mayor importancia económica.

Unicamente bien entrada la época histórica, hallamos relaciones más o menos detalladas de las verdaderas organizaciones sociales de aquellos pueblos, cuya civilización había desarrollado un sistema de escritura y aun de éstas no podemos estar bien seguros de que la interpretación de los acontecimientos históricos sea exacta. En prueba de ello, no tenemos más que comparar las numerosísimas teorías que se han publicado para explicar el nacimiento, grandeza, decadencia y caída de las civilizaciones clásicas griega y romana y aun las más modernas historias de las naciones posteriores, como Francia, Inglaterra, Alemania, Rusia, etc., en que los autores están en completa discordancia sobre muchos puntos capitales. Desgraciadamente ha sido, con demasiada frecuencia, la costumbre de defender puntos de vista o preconcepciones y no de buscar la verdad, sin preocuparse de formar conclusiones anticipadas. Raras veces se ha podido desprenderse previamente de los prejuicios particulares. Sólo en las últimas décadas, las investigaciones científicas, etnográficas, arqueológicas y sociológicas, se han hecho sobre una base dialéctica, con el impulso de buscar la verdad donde se hallare, sin preocupaciones ni prejuicios, fundando las conclusiones sobre hechos concretos y no sobre ideas, un sistema objetivo y no subjetivo, de la misma manera adoptada para el estudio de las ciencias naturales. Es indudable que este método, aplicado a la prehistoria deja muchas lagunas, pero algunas de ellas han sido llenadas por las investigaciones efectuadas sobre los pueblos actuales que ocupan un grado social y económico similar o idéntico a los de las épocas lejanas y aun primitivas.

Sin duda, las teorías nuevas tienen que ser en parte constructivas y aun apriorísticas, pero no en el mismo grado que antes, y luego quedan controladas por la crítica y por las nuevas investigaciones sobre los puntos oscuros o dudosos.

No pretendemos seguir adelante en el terreno verdaderamente histórico del desarrollo de las civilizaciones. Nuestra intención ha sido más bien indicar algunos puntos poco divulgados que se relacionan con los fenómenos sociales de los pueblos primitivos y puestos en claro por las investigaciones modernas. Y, justa-

mente son estos puntos que, si en nada modifican el método del materialismo histórico, a lo menos hacen cambiar esencialmente la estructuración social y aun la base de la doctrina propuestas por los iniciadores del método para explicar la evolución de la sociedad y sostenida hoy por la mayoría de los marxistas.

Al principio de este estudio, llamamos la atención hacia el postulado que da por sentado que la base de toda sociedad sea el factor económico y decimos que este factor no era exclusivo, al mismo tiempo que admitimos que se encontraba entre los factores primordiales. Insistimos en que la base misma de la sociedad estaba también subordinada en parte a los instintos y a las ideas. Demostramos que la economía de un pueblo, a menudo, se modificaba por las supersticiones derivadas del miedo, del amor sexual, por el egoísmo. Hemos indicado también como los fenómenos sociales que llamamos totemismo y exogamia, producen cambios radicales, no solamente en la situación económica de un pueblo, sino también en la estructuración de la sociedad, a pesar de no descansar en el materialismo sino en la psicología de un pueblo, en sus sentimientos espirituales y morales. No es más que un sofismo argüir que sin la vida material y económica no pueden existir ni la espiritualidad ni la moralidad. La humanidad nace con un cúmulo de necesidades, tanto materiales como psíquicas y no es más que un juego de metafísica adelantar las unas para posponer las otras.

Volvemos a insistir que las ideas, por primitivas e infantiles que parezcan, comenzaron a obrar conjuntamente con las necesidades económicas y en gran parte modelaron la forma en que dichas necesidades se satisficieron. Más adelante tendremos ocasión de recurrir nuevamente a este punto, entretanto seguiremos con nuestra crítica de la obra de Engels.

Habla de la manera como nació la *familia monogámica* moderna, la cual, en su concepto, se derivó de la *familia sindiásmica*. En sus argumentos sobre este punto no es más feliz que en los anteriores, y no pudo serlo, porque fallaba cada eslabón de la cadena que quería elaborar. Supone que el matrimonio monogámico aparece por primera vez en la historia a comienzos de la época clásica griega. Hemos demostrado el error de semejante suposición y que, un poco antes, al hablar de la poligamia, no pudo menos que confesarlo, cuando dice: «como el número de hombres y mujeres (dejando a un lado lo que influyen en ello las instituciones sociales), ha seguido siendo casi iguales, desde luego es imposible que se generalice una u otra de estas formas de matrimonio (poligamia y poliandria)... La poligamia es un pri-

vilegio de los ricos y de los grandes y se recluta, sobre todo, por la compra de esclavas; la masa del pueblo es monógama».

La verdadera diferencia entre la familia monógama de los pueblos primitivos y aun los más civilizados de los tiempos clásicos, comparada con la de hoy, no estriba en la mayor o menor esclavitud de la mujer ni en las costumbres sexuales relajadas de los pueblos griego y romano, sino en un factor que se le escapó a Engels, como se les había escapado a Bachofen, Morgan, Bebel y en general a todos los que escribieron sobre el origen de la familia en aquella época. Dicho factor, que ha sido de suma importancia en la constitución social de la mayoría de los pueblos europeos y sus derivados, fué el cambio del concepto de la consanguinidad antes unilateral, ahora bilateral. Esto se hizo posible solamente después de la completa decadencia del totemismo y no sucedió en todas partes al mismo tiempo. La familia bilateral hizo su aparición en Europa paulatinamente y no se generalizó hasta la edad media, y aun quedaban pueblos con familias constituídas unilateralmente hasta bien entrado el siglo XVII.

Debido a todos estos hechos, el concepto del Estado moderno no ha evolucionado por una línea ascendiente continua, sino más bien por una serie de evoluciones parciales, a veces con rapidez, a menudo con lentitud, según las exigencias de los acontecimientos, las condiciones especiales, el ambiente local y la psicología o idiosincrasia de la población. Tampoco puede decirse que la forma en que se ha desarrollado ha obedecido siempre a leyes económicas. El egoísmo y la personalidad de determinados individuos o castas han ejercido potentes influencias en la estructuración del Estado, no siempre con móviles económicos, aun cuando los resultados de tales movimientos hayan modificado posteriormente la economía material del pueblo en cuestión. Han influido asimismo las pasiones, como la venganza, la ambición, la gloria, el fanatismo, otros tantos móviles que frecuentemente nada tienen que ver con el factor económico. Sin embargo, todos éstos y otras causales aun, pueden iniciar la estructuración de un Estado e imprimir un rumbo a su evolución posterior.

Al tratar de relacionar la etnografía con el materialismo histórico, no debemos olvidar que Marx, aunque insista en que todo movimiento social debe explicarse por el desarrollo económico de la sociedad, también advierte que no lo es sino en «último análisis», en otras palabras, que dicho movimiento puede ser el resultante de varios otros factores intermedios, aun cuando no se descubre de inmediato las verdaderas causales

Aceptamos este postulado, siempre con la reserva que antes hemos indicado, de que, en nuestro concepto, algunos de estos factores que estima intermedios, tienen una acción simultánea con la necesidad económica y aun a veces la subrogan

Es evidente que lo que ha impedido que muchos investigadores hayan aceptado el método del materialismo y aun menos la doctrina, ha sido las deducciones socialistas que Marx y Engels han sacado de ellos. Pero, como dice Seligman: «El hecho de que las concepciones económicas de Marx sean erróneas, no tiene ninguna relación con la verdad o falsedad de su filosofía de la historia» (1)

Aceptamos también la teoría de que la evolución no procede sin saltos, es decir, que no siempre es paulatina y constante en una sola línea. Los saltos o sean las interrupciones más o menos bruscas de la evolución son inevitables. Este hecho, llamado a veces *mutación* o cambio de una forma a otra, es bien conocido y aceptado en las ciencias naturales y es igualmente cierto cuando se le aplica a la evolución social o histórica. El reconocimiento de este hecho y su aplicación a la doctrina evolucionista es la base de la dialéctica.

Decir que una cosa está y no está, que aparece y desaparece a un mismo tiempo, es ostensiblemente una paradoja, y sin embargo, expresa un concepto dialéctico. En un punto espacial, la bala disparada de un rifle está y no está, en un mismo instante ha aparecido y ha desaparecido, y no se trata de un pensamiento o una idea, sino de un hecho real y material. En el mundo social, una revolución puede derribar un régimen en un breve lapso y conseguir en pocas horas un estado nuevo que, por medio de un evolución paulatina, habría demorado años, decenios o aun siglos. Aquí entonces se produce un salto, una interrupción en el desarrollo normal de la sociedad y la ruptura de una serie de fenómenos sociales que dependían de la continuidad evolutiva de las condiciones anteriores

A pesar de haber sido uno de los iniciadores de la doctrina del materialismo histórico y uno de los grandes defensores del método dialéctico, Engels los abandona, para aceptar la línea recta de una evolución paulatina y progresiva en el desarrollo de su tesis sobre el «Origen de la Familia».

Para los historiadores y sociólogos de antaño, la humanidad, en su desenvolvimiento social, había pasado por tres fases sucesivas—la caza o la pesca, la ganadería y, por último, la agricultura. Toda una sucesión cronológica regular y normal. Todos los

(1) Seligman, Ob. cit. p. 109.

pueblos cultos habían pasado por estos tres estados con la misma sencillez y fatalidad con que todos los individuos pasan por la juventud, la edad madura y la vejez; toda una jerarquía de orden irreversible. El salvajismo, la barbarie, la civilización. Y Engels, como todos de su tiempo, aceptaba, sin mayor examen, esta orden y esta cronología

Es solamente durante los últimos cuarenta años que se ha comenzado a sentir la insuficiencia de este dictamen. Desde entonces el prejuicio de circunscribirse a esta evolución lineal de la humanidad se ha hecho manifiesto. La multiplicación de las observaciones, el aumento de la documentación científica acerca de los pueblos primitivos, han demostrado la necesidad de distinguir estados más numerosos, o para hablar con mayor precisión, de buscar tipos económicos de sociedades humanas menos simples que los de pescadores, cazadores, ganaderos y agricultores.

Hahn (1) distingue en vez de tres, siete tipos de sociedades humanas netamente diferenciados.

1.º Los recolectores, que viven de productos vegetales y pequeños animales que encuentran a su paso, sin emplear instrumentos, útiles o armas.

2.º Los cazadores, grupo bastante variado, vivían algunos, quizá los menos, puramente de la caza, mientras que otros, al mismo tiempo que cazaban, recolectaban los productos naturales que se ofrecían espontáneamente; otros aun alternaban entre la caza y la pesca y, por último, algunos agregaban a su profesión principal, los rudimentos del cultivo de las plantas o de una ganadería primitiva.

3.º Los pescadores, quienes se sujetaban a las idénticas subdivisiones

4.º Los agricultores nómades o cazadores agricultores.

5.º Los agricultores sedentarios inferiores, quienes se dedicaban accesoriamente a la caza, al comercio o a la ganadería.

6.º Los agricultores superiores, quienes usaban de abonos, del riego y del arado.

7.º Los pastores nómades que erraban de parte en parte con sus ganados.—R I C A R D O E. L A T C H A M.

(1) Hahn, Eduardo. *Kultur des Menscheit*. 1905.

(Continuará)